

Antón Costas

Efemérides inquietantes

Los árboles no nos dejan ver el bosque. Estamos tan absortos en nuestras riñas políticas familiares que no somos capaces de ver las causas profundas de lo que nos pasa. ¿Y si lo que nos pasa no tuviera causa sólo en el “Estado español”, como muchas veces se dice, sino que fuese también una manifestación de algo más profundo y general relacionado con el funcionamiento de la economía y la política europea? Si prestamos atención a estas causas más generales, quizá podamos enfocar mejor nuestros problemas concretos.

Decía Mark Twain que la historia no se repite, pero rima. Muchas cosas que estamos viendo en este inicio del siglo XXI riman con lo que ocurrió a principios del siglo pasado. Son efemérides, sucesos que se repiten de forma inquietante.

Sin ánimo de exhaustividad, mencionaré algunas. En el terreno social, la desigualdad en el reparto de la renta y la riqueza, la pobreza, especialmente la pobreza de niños en hogares de padres sin empleo, y la falta de oportunidades para la emancipación de los jóvenes. En el terreno político, el populismo y el nacionalismo xenófobo. En el terreno económico, la depresión, la deflación, el desempleo masivo. Y en el terreno empresarial, la hegemonía de las grandes corporaciones globales, con sus prácticas fiscales elusivas y anticompetitivas.

Otra efeméride, a mi juicio más perturbadora, es que los gobiernos europeos están cometiendo los mismos errores de políticas que en las décadas de los veinte y los treinta. Aquellos errores abocaron al caos económico, social y político. Ahora pueden ser fatales para el crecimiento, el empleo, la cohesión social y el funcionamiento de la vida política de los estados miembros. Veamos por qué.

A. COSTAS, catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona

El capitalismo occidental es un sistema económico y social cuyo motor fundamental es el consumo interno de las clases medias. Cuando este consumo se debilita de forma intensa y generalizada, la falta de demanda hace que ese motor se gripe y todo comience a resentirse.

A lo largo de las tres últimas décadas la desigualdad ha ido debilitando la capacidad de los ingresos salariales de las familias para sostener su consumo. Sin



IGNOT

embargo, se encontró un remedio temporal. Fue el crédito fácil y abundante. Lo que no permitían los salarios lo hizo posible el crédito.

Pero el endeudamiento era un remedio temporal y peligroso. La crisis del 2008 lo puso de relieve en toda su dureza. Ahora los bajos salarios, los empleos inseguros y el endeudamiento han bloqueado el motor principal de nuestras economías de mercado. Lo mismo ocurrió después de la crisis financiera de 1929.

¿Qué pueden hacer los gobiernos en esta situación? Tres cosas. Primera, cebar la bomba de la demanda interna mediante la

inversión pública y las políticas de ingresos de las familias. Segunda, impulsar la demanda externa de las exportaciones, mediante reducciones salariales. Tercera, empeorar la cosas mediante políticas de austeridad.

La primera opción es la que adoptó Estados Unidos, tanto en los años treinta como en esta crisis. Y le ha ido bien en ambos casos. La segunda y tercera es la que adoptaron en los años treinta los gobiernos europeos, con Alemania al frente. Y pasó lo que todos conocen. Ahora se ha vuelto a cometer el mismo error, bajo inspiración de Alemania y la imposición de la Unión Europea.

La austeridad es la factura social de la protección sin condiciones que la UE ha dado a los prestamistas. En este sentido, en sus efectos es equivalente a la cláusula ISDS (Investor-State Dispute Settlement) de los tratados de comercio, que permite a las empresas reclamar indemnizaciones de los estados. Cláusulas que, por cierto, se están eliminando por sus efectos sobre la soberanía de los estados y la vida de los ciudadanos.

Por un lado, la austeridad actúa como un mecanismo de expropiación indirecta de los ciudadanos al recortar el gasto en objetivos legítimos de política social como la sanidad, la educación, la cobertura de ingresos por desempleo y las pensiones. Por otro, limita la capacidad de los ciudadanos para determinar con su voto el tipo de país en el que desearían vivir. Estos efectos son la causa fundamental del malestar social europeo.

El nacionalismo en Catalunya o en Escocia no surgió con la crisis y la austeridad. Responde a una identidad cultural muy arraigada. Pero el aumento del independentismo y del populismo sí. La UE no puede lavarse las manos y decir que son cuestiones internas. Ella es parte del problema. Y tiene que ser parte de la solución. De lo contrario, estamos abocados a revivir otras efemérides inquietantes.●

Pilar Rahola



El histrionismo

Se sabe que no hay nada más apetitoso para un político que un micrófono. Los micrófonos son como los caramelos para los niños y, de igual forma, su uso descontrolado tiende a producirles un buen empacho.

Ese parece ser el efecto de estos últimos días, en que la sobrecarga de políticos y micrófonos ha producido un considerable dolor de barriga –o de cabeza– colectivo. Justo en el momento en que debería haber más sordina en la canallesca y más palabras de puertas adentro, allí donde se cuajan los consensos, se arman los acuerdos y se liman los desacuerdos, es precisamente cuando les da por hablar a borbombones. Y no se salva ni Dios, porque tanto montan los de la bicicleta, que ahora les da por no querer votar en una votación ciudadana –ellos que van de adalides de la participación–, como los republicanos, que tienen una necesidad algo infantil de marcar paquete ante los convergentes, como los susodichos que, en boca del amigo Homs, últimamente callados estarían más bonitos. A excepción de los de la CUP, que siendo los más pures de todo resulta que son los más prudentes, estamos viviendo una explosión de palabras sobrantes y una acuciante escasez de silencios inteligentes. Mucho ruido y ninguna nuez, por reinventar el clásico.

¿Podrían callar un rato? Es decir, ¿podrían negociar, pactar lo que de-

Vivimos una explosión de histrionismo, tactismo, protagonismo y el resto de ismos...

ban, agotar el diccionario de sinónimos –o de antónimos, si se terciara–, desgañitar las gargantas y las ideas y, al final de todo, devorar los micrófonos cuando ya sepan de una puñetera vez qué quieren ser de mayores? De hecho, por pedir, ¿podrían ser algo más adultos, please? Porque incluso a pesar de mi natural optimismo –y la convicción de que no haremos el ridículo en este momento tan trascendente–, reconozco que el espectáculo de estos días, con tanto histrionismo político merodeando por los informativos, resulta decepcionante. Por supuesto, puedo entender los desacuerdos, las críticas y hasta los cabreos de unos con otros y viceversa. Pero también cabe decir que a la ciudadanía le importan una mierda los sesudos motivos por los que pasean su desunión ante las pantallas, cuando los tiempos exigen más cerebro y menos estómago. Y, desde luego, mucha más confianza *each other*. En el fondo creo que lo peor es eso, no tanto la desunión ocasional –que debe rehacerse con los parámetros adecuados–, como la necesidad de dar una declaración cada minuto, no fuera caso que perdieran su dosis permanente de protagonismo. Estamos viviendo una explosión de histrionismo, protagonismo, tactismo, cortoplacismo y el resto de ismos de la debacle política. Y bien sabemos que este tipo de explosiones son, en el fondo, implosiones que se cargan el invento desde dentro. Así que, por una vez, sería bueno que nuestros líderes trabajaran más sus silencios que sus palabras, porque últimamente están tan repletas de gestualidad como huecas de significado.●

Víctor Pou

La última reunión del G-2

En el siglo XXI la economía es global y multitud de problemas que preocupan a la humanidad –cambio climático, armamento, pandemias, crimen organizado, terrorismo– sólo pueden resolverse a escala planetaria. Sin embargo, no existe una verdadera gobernanza mundial, sino aproximaciones a ella. Como ejemplo, las Naciones Unidas o grupos como el G-7 –los siete países más avanzados–, el G-8 –los mismos más Rusia– o el G-20 y su novedad de reunir a economías desarrolladas y emergentes. Ante la escasa operatividad y eficacia de tales organizaciones, algunos analistas hablan ya de G-0 y de un mundo caracterizado por el desgoberno o ausencia de liderazgo global. Otros apuntan a teorías de la conspiración

V. POU, profesor del Iese-Universidad de Navarra

y un mundo dirigido por organizaciones poderosas y poco transparentes, tipo Comisión Trilateral o Grupo Bilderberg.

Pero existe otra aproximación a la gobernanza mundial de la que poco se habla: el G-2. Formado por la primera potencia mundial, Estados Unidos, y la primera potencia emergente (o *reemergente* por milenios de hegemonía pasada): China. Ambas estructuran relaciones en base al Strategic and Economic Dialogue, que se reunió, recientemente y por sexta vez, en Pekín con escasos resultados. Los progresos han sido pocos en temas clave como seguridad, espionaje industrial, ciberseguridad, disputas fronterizas marítimas de China con sus vecinos, flexibilidad del tipo de cambio del yuan, desnuclearización de Corea del Norte o remilitarización de Japón. Sí se han creado grupos de trabajo sobre temas ener-

géticos, inversiones y otros menores. Y también se han cerrado numerosos acuerdos, sobre todo de orden económico. Tras las reuniones, el secretario de Estado americano, John Kerry, declaró que “Estados Unidos y China están comprometidos a crear un nuevo modelo de relaciones basado en la cooperación práctica y la gestión constructiva de diferencias”. Ya su antecesora, Hillary Clinton, se refirió a la importancia de estas reuniones para su país, “que, como cualquier empresa o ciudadano, tienen un interés especial en tratar bien a su banquero, y ya se sabe que el principal banquero de Estados Unidos se llama China”. No es de extrañar que se defina al G-2 como la reunión entre el mayor deudor y el mayor acreedor del mundo, que, como tales y para suerte de todos, necesitan entenderse.●